ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EN EL VESTÍBULO DEL TALMUD

TAL vez algunos de mis lectores pensarán que he consagrado demasiado espacio al estudio del Talmud y de su historia y que ya es tiempo de que exponga concretamente lo que en este caos de la tradición Judía se encuentra acerca de Jesús. Pero cuando yo recuerdo mis propias y erróneas impresiones de otro tiempo, en presencia de las primeras noticias (truncadas y aisladas de sus contextos) sobre la afirmación del Talmud, de que Jesús había vivido un siglo antes de la fecha asignada por los evangelistas, y que en vez de haber sido crucificado en Jerusalén había sido lapidado en Lud, me parece imprescindible y necesario suministrar al lector una ligera idea del génesis é historia de nuestras fuentes de información, excusándome más bien que del espacio consagrado á ellas, de la tosquedad y brevedad de estos trabajos preliminares y de estas primeras indicaciones encaminadas á suministrar al lector la mayor cantidad posible de materiales para que juzgue con provecho de los pasajes mismos.

En verdad, el asunto está tan lleno de dificultades por todas partes, que no pocas veces he estado á punto de abandonar mi empresa, sobre la que únicamente he continuado trabajando sin otra idea que la de resolver las dificultades más salientes, exclu-

yendo desde luego toda esperanza de más transcendente resultado.

No escribimos para avivar el fuego aún humeante de los antiguos odios, sino animados de otra distinta y amplísima esperanza. Los tiempos han cambiado surgiendo espíritus más grandes que aquellos que lucharon salvajemente en la antigüedad y en la edad media, rígidos formalistas que cerraron las puertas de sus sinagogas y de sus iglesias á la vida libertadora de las grandes ideas. El hombre es hombre, sea judío ó cristiano; el espíritu es espíritu ya adore á Yahweh ya reverencie al Cristo, y los espíritus todos se desarrollan siguiendo su camino, en virtud de su propia especial guía y bajo la ley del antiguo saber. Podría asegurarse que estamos en los albores de un día en el cual cada espíritu alcanzará su virilidad y comenzará á entrever el camino de los grandes éxitos, y una vez en este camino, arrojando de sí sus pasiones, contemplará impasible la faz de la historia, reconociendo sus verdaderos caracteres aun á través de las extrañas alteraciones y de los apasionados reflejos del pasado. Muchos espíritus están próximos á este día, pues es indudable que la simpatía por la investigación imparcial que caracteriza á los distintos ramos del saber moderno, prepara una nueva Era de cultura y comprensión que transformará completamente las apreciaciones del pasado sobre no pocas materias, y en la cual lo particular no se elevará sobre lo universal, ni los transitorios y temporales pensamientos humanos ocuparán un rango superior al del omnipresente Pensamiento divino. Mas desde estas hermosas esperanzas volvamos á los penosos recuerdos de los agitados días del pasado.

El Talmud, pues, es un vasto almacén de Midrashim judíos, coleccionados en distintas épocas comprendidas entre los años 100 y 500 de nuestra Era. Consiste en ciertos tratados muy antiguos denominados Mishna, y en fragmentos adicionales, conocidos con el nombre de Gemâra ó complemento (usando nombres técnicos por razones de brevedad) y aun porque es casi imposible transcribirles correctamente (1); pues los términos Talmud, Mishna y Midrash tanto significan «estudio» simplemente, en un sentido general, como un estudio determinado ó un método especial de estudio y aun las obras derivadas de tales estudios

(1) Vid. Staack's *Einleitung* §. 2, «Wörterklärungen».

generales y métodos especiales. Así, pues, los Midrashim son generalmente las aclaraciones ó amplificaciones de los tópicos ó ideas bíblicas generales; y el Talmud, una heterogénea colección de Midrashim de toda especie.

El resultado de esta ley ha sido transmitido en dos formas y en tres lenguajes. Las dos formas contienen la misma Mishna en hebreo (lengua clásica de los Rabbinos), mientras que las dos Gemâras están redactadas en un Arameo vernacular, variable según las épocas y en dos idiomas completamente separados: el Occidental ó Palesteniano y el Oriental ó Babilónico, el primero de los cuales es una extraña mezcla de Griego, Arameo, Latín, Siriaco y Hebreo. Estas dos formas del Talmud han sido durante mucho tiempo conocidas, como la Jerosolimitana y la Babilónica (Talmud Jeruschalmí, Talmud Babli), si bien la primera de estas denominaciones es completamente errónea, toda vez que Jerusalén no fué nunca un centro de actividad talmúdica, debiendo, pues, preferirse el epíteto de Palestiniano como más correcto para esta colección denominada Talmud de la Tierra de Israel ó Talmud del Occidente. La colección Babilónica es, por lo menos, cuatro veces mayor que la Palestiniana, y aunque ésta última debió comprender mucha más materia que la que hoy encierra, su diferencia se debe, más que á otra cosa, á que los Rabbinos Occidentales se concretaron á exponer las opiniones de sus predecesores sin las detalladas discusiones sobre las que suponían basados sus asertos, en tanto que el Talmud Babilónico llenó no pocas veces folios enteros con lo que hoy denominaríamos cuestiones y aclaraciones pueriles, que demuestran hasta qué punto los textos de la Torah fueron mixtificados para apoyar ulteriores puntos de vista que los primitivos escritores de los versículos ni aun soñaron siquiera (1).

Para que el lector pueda formarse una idea de la voluminosa extensión del Talmud, haremos conocer que la colección Babilónica, en la *editio princeps* de 1520, modelo que ha sido seguido tanto como su naturaleza lo ha permitido, comprende nada menos que doce gruesos volúmenes en folio de 2.947 hojas y de

---

(1) Ved Schwab (M.) *Traité des Berakhoth du Talmud de Jerusalem* (París, 1871). Introd. pág. LXXVI. Esta es la opinión de un distinguido Rabbino francés, que ha producido la más completa traducción que existe del Talmud Palestiniano y no de un *Philisteo*.

5.894 páginas (1). En ambos Talmudes, la Mishna (2) está separada en seis órdenes ó secciones (Sedârim) denominadas «Las seis» por excelencia, como en la Torah que se denominan «Las cinco» ó «Las cinco partes». Estas órdenes están á su vez divididas en 63 disertaciones ó tratados, y éstos á su vez en 523 capítulos ó párrafos.

El texto de la Mishna está rodeado por el texto de la Gemâra en caracteres hebreos sin puntos, misteriosos á veces aun para los iniciados en el hebreo. Mas no es tan sólo la voluminosa extensión del asunto (3) y las obscuridades de un texto impuntuado, lo que es preciso vencer para el estudio del Talmud, sino que se precisa estar iniciado en las infinitas y enigmáticas abreviaturas rabbínicas, en los tecnicismos mnemónicos, en las formas irregulares, en las tres diferentes formas de lenguaje y poseer además una verdadera intuición filológica que muy pocos doctos de nuestros cultos días pueden poseer.

No es, pues, sorprendente que aun hoy no tengamos una completa troducción del Talmud. No hay, en efecto, una Vulgata talmúdica, ni una versión autorizada, ni aun una versión revisada. Ni aun en esa magnífica y preparadora serie de libros universales denominada «Los libros sagrados del Oriente», donde existen versiones de los más complicados libros Brâhmánicos, encontramos un simple tratado talmúdico traducido, lo cual es sensible no sólo porque el Talmud en conjunto es un libro desconocido para el no especialista, sino también porque una traducción del verdadero original reformaría las erróneas ideas judáicas, según las cuales el Talmud es un almacén de sabiduría desde la primera sílaba á la última.

Los no especialistas, por tanto, tienen que conformarse con traducciones de simples partes de esta enciclopedia de la tradición judía; generalmente con versiones de simples tratados y aun á veces con lo hecho exclusivamente por judíos ó conver-

---

(1) Hershon (P. I.) *A Talmudic Miscellany* (London, 1880). Introd. (por W. R. Brown) pág. XVI.

(2) Es un error traducir Mishna como «texto» y Gemâra como «comentario» como se hace generalmente; pues aunque la Mishna se destaca en grandes tipos rodeados por la Gemâra, ésta no es un comentario, sino un complemento ó apéndice de materias adicionales.

(3) Aun del Talmud canónico sólo, pues hay un extenso número de tratados extracanónicos que es preciso tener en cuenta. Ved Strack's *Einleitung*, cap. IV, páginas 44-46.

sos; pues entre todas las traducciones de los tratados talmúdicos, tan sólo aparecen los nombres de cinco escritores cristianos (1).

Lo que nos es preciso es una traducción científica del Talmud, pues exceptuando á Bischoff, ¡qué pocos investigadores teológicos conocen algo de esta gran literatura! ¡Qué pocos escritores cristianos han trabajado realmente sobre sus tratados! ¡Qué pocos hebreos y alemanes han llegado á un verdadero conocimiento del Talmud! (2).

Los únicos verdaderos talmudistas (3) actuales se encuentran en Rusia, Galitzia, Hungría y Bohemia, y su obra se nos presenta como un cuadro de completa degeneración y decadencia. Cierto es que en tiempo reciente se ha despertado cierta pequeña actividad talmúdica, especialmente con motivo de las misiones judías por parte de los teólogos cristianos y por ambas partes, con motivo del antisemitismo (ya por los apologistas judíos, ya por sus contrarios) pero siempre sin el interés de una verdadera y pura investigación para llegar al conocimiento de la historia, de la cultura, de la religión y del lenguaje. Por otra parte, debido á la dificultad del estudio directo por parte de los no especialistas (4); no esperando una inmediata traducción completa del Talmud Babilónico y dejando bastante que desear la francesa del Palestiniano, preciso será conformarse con agrupar retazos de traducción de simples tratados, algunos de los cuales será preciso suplir aun en las más completas colecciones (5).

Y si tales dificultades existen para el no especialista que desea ardientemente conocer todo cuanto puede sobre el Talmud y que tanto trabajo se toma por esta materia, el lector en general habrá de conformarse con percibir tan sólo un pálido destello de todo este campo, algo tan sólo de lo más saliente de su aspecto. Además de esto, aun contando el investigador con el material necesario, encuéntrase muchas veces perplejo, no pudiendo formar una opinión exacta sobre su valor, no pudiendo

---

(1) Ved Bischoff (E.) *Kritische Geschichte der Thalmud übersetzungen aller Zeiten und Zungen* (Frankfort a. M., 1899), pág. 85.

(2) Y en Inglaterra son contadísimos.

(3) De la antigua escuela, por supuesto, no estudiantes científicos de la antigua escritura.

(4) Que por regla general tienen un espíritu más abierto.

(5) Cf. Bischoff, *op. cit.*, págs. 9, 10.

confiar completamente sobre una opinión experta que le guíe para la elección de las fuentes mejores. Así, pues, antes de haber conocido por Bischoff la utilísima historia de las traducciones existentes sobre el Talmud, hubiera tenido que analizar por mí mismo la traducción completa del Talmud Palestiniano y la obra en publicación sobre el Talmud Babilónico, aunque sin seguridad en la exactitud y esmero de su versión.

Del Talmud Palestiniano poseemos una traducción francesa completa, debida á Mosés Schwab (1), bastante inteligible, casi generalmente clara, mas Bischoff (2) nos dice que es una versión libre y en algunos pasajes bastante discutible.

En cuanto á las traducciones del Talmud que están en publicación, la exactitud se encuentra aún en peores condiciones. La versión inglesa de Rodkinson (3) no tiene nada que envidiar á las que pasaron por la censura medioeval, por su sujeción á un método en absoluto desordenado y arbitrario, ideado en interés de una «expurgación» apologética. En su Introducción, de la versión de Rodkinson, en su mayor parte tomada directamente del célebre estudio de Deutsch, expone aquél su plan de este modo:

«A través del tiempo han sido añadidas al texto algunas notas marginales, algunas palabras aclaratorias, frases enteras y sentencias inventadas por la malicia ó la ignorancia de amigos y enemigos... Nosotros hemos, por esto, puntuado cuidadosamente el texto hebreo con los signos de la puntuación moderna y le hemos reeditado suprimiendo tanta extemporánea materia como interrumpía la clara y ordenada disposición de los varios asuntos... ¡Continuamos nuestro trabajo en la completa y segura esperanza de que '*el que ayuda á la purificación recibe la ayuda divina!*'» (4).

En la traducción alemana de Goldsmidt (5) creí habría encontrado, por último, una guía seria y segura, mas una vez más Bischoff fraguó mi esperanza, asegurando que pocas veces la

---

(1) Le Talmud de Jerusalen (París, 1871-1889).

(2) *Op. cit.*, pág. 57.

(3) *New edicion of the Babilonian Talmud: English translation and Original Text, edited. formulated and punctuated by...* (Cincinnati, 1896, in progress).

(4) *Op. cit.*, pág, XII, XIII.

(5) *Der babilonische Talmud... moeglichst wortgetreu uebersetzt und mit kurzen Erklaerungen versehen* von L. Goldsmidt (Berlin, 1896, in progres).

crítica científica ha estado tan unánime en su censura como al tratar, no ya de lo deplorable del texto de Goldsmidt, sino de los innumerables errores y de la obscuridad é inexactitud de la versión alemana (1).

Y aún más criticable que el piadoso y edificante ensayo de Rodkinson es la graciosa tentativa literaria de un tal Juan de Parly (2), que en lugar de una traducción nos presenta apenas un sumario de los argumentos de varios tratados. Dice en su Introducción (pág. XVI): «Lo que he suprimido en la traducción es, en primer lugar, toda estéril controversia y discusión de las que aparecen en forma de preguntas y respuestas, y en segundo término, los versículos bíblicos citados en el texto», es decir, que lo que nos da es una fantástica apariencia, un vacío y mutilado resto del Talmud.

En verdad, que ante tantas tentativas abortadas, pudiéramos inclinarnos á creer que la empresa de dar á conocer la célebre obra estaba condenada por algún inexorable castigo. Unos comenzaron tan sólo la tarea, otros la abandonaron ó murieron antes de terminarla y los demás mixtificaron por completo el original; todos, en suma, fracasaron.

Estamos, pues, sin una traducción aceptable del Talmud, y la tarea emprendida por nosotros hubiera resultado completamente irrealizable, si no fuera por la feliz circunstancia de que el texto de la mayor parte de los pasajes, especialmente precisos para nuestro estudio, han sido recientemente editados y traducidos crítica y concienzudamente, como más adelante veremos. Añadiremos que la erudita monografía de Bischoff nos proporciona una bibliografía crítica de todas las versiones que existen y que el «clásico» *Einleitung* de Stracks—como le denomina Bischoff (pág. 10) — al que nos hemos referido en varias ocasiones, nos ofrece en su tercera edición (1900) una completa bibliografía sobre la literatura general relativa á esta materia. La Introducción de Strack, si bien no es más que un estudio anatómico del Talmud, una simple armazón de sus componentes, puede considerarse, sin embargo, como una concienzuda y paciente investigación.

---

(1) *Op. cit.*, pág. 62.

(2) Le Talmud de Babylone, Texte complet... acompagné des principaux comentaires et synthéticament traduit par... (Orleans, 1900).

Tal es, pues, brevemente indicada, la literatura de la materia y la índole de las dificultades que se presentan al investigador del Talmud, dificultades iniciales que aún no son comparables á las que supone el estudio interno del mismo, en cuyo estudio las únicas indicaciones de tiempo que generalmente encontramos son las de que ciertas cosas se supone fueron debidas á tal Rabbino ó á tal otro, dándoseel caso, bastante frecuente, de que el citado Rabbino en cuestión no pudo decir ni hacer lo que se le atribuye.

No nos auxiliarán más en esta general incertidumbre los tradicionales datos del complemento, ó sea la Mishna, ni las diversas redacciones de las dos Gemâras. Podríamos asegurar en cierto modo, que ciertas cosas que no se fundamentan en la Mishna, son, por tanto, posteriores á la fecha de 200 de nuestra Era, y que otras que se encuentran únicamente en la Gemâra Babilónica, son evidentemente de un origen posterior; pues las primeras escuelas babilónicas del Talmud fueron fundadas alrededor del año 200 de nuestra Era. Es preciso que haya existido un gran vacío; parte del material Haggádico de la Gemâra Palestiniana debe haber existido mucho tiempo antes que el complemento de la Mishna, que se relacionó muy especialmente con Halacha, mientras que las escuelas babilónicas derivaron su tradición en primer término y directamente de Palestina. En todo caso, puesto que el Talmud se nos muestra tan contrario á la historia, ó por mejor decir, puesto que es tan en absoluto deficiente desde el punto de vista histórico, incúmbenos, ante todo, demostrar por medio de fuentes externas, la fecha más antigua que nos sea posible relativa á la existencia de narraciones judías hostiles á Jesús; pues de otro modo podría argüírsenos que las narraciones del Talmud fueron inventadas por rabbinos babilonianos posteriores y no tuvieron su origen en Palestina y otros países donde fueron conocidos los «hechos históricos».

G. R. S. MEAD.



IRIS, ISIS

«Estableceré mi pacto con vosotros..... Pondré mi arco en las nubes, por señal de convenio... Y acordarme he del pacto mio.
Génesis, *cap. 9, v. v. 11. 13 y 15.*

«Nadie entre que no sepa Matemática», esculpió Pitágoras en el frontispicio del Templo, y Platón añadió: «No entre tampoco aquél que no supiere Música»...

Si no os habéis fijado nunca en la magia del color, en la de la musical escala, ni en la de los sólidos llamados *pitagóricos*, no es extraño que no podáis penetrar en el Templo do se enseñan los grandes principios de la Naturaleza, divina imagen del Supremo Sér.

Para daros pálida idea del misterio, es preciso que vosotros mismos volquéis en esta lectura todos los colores que contempláis en torno vuestro, todas las luces de vuestra mente, todos los destellos de vuestra rica fantasía. Luminoso ó iluminado, no existe nada sin color; no hay más que dos colores sintéticos: el blanco, que es vida; el negro, que es negación y muerte. Blanco es el rayo de sol que viene á herir el prisma espectral, blanca inmaculada la nieve de las alturas: negra es la noche, como negación del dia, negra la ignorancia y el abismo negro. Pero la nada, nada genera por sí y la vida crea vida: por eso la luz blanca se descompone en tres colores simples: rojo, amarillo y azul, y del tres se pasa al seis; naranjado, verde y violeta, que son rojo-amarillo, amarillo-azul y azul-rojo. De ellos, luego de este seis sagrado, tonalizado por el negro y vivificado por el blanco que sintetiza y armoniza, derivan los infinitos matices con que Isis se engalana, y esto no lo ignora ningún estudiante de Física.

Fenómeno tan sencillo ¿carece, acaso, de transcendencia?—¡Ah, no!
—Nada existe sin transcendencia, porque en el átomo y en el Cosmos

está Dios. De lo sencillo, la mente humana, hecha también á su imagen y semejanza, nos puede llevar á lo infinito, á las puertas mismas de lo Incognoscible, si, instruídos, puros de alma y fuertes de voluntad, no retrocedemos ante el misterio, como Edipo no retrocediera ante la Esfinge, aquel sér prodigioso que mirando al desierto, al desierto de todos los desamparos y todos los espejismos, preguntaba: ¿quién somos? ¿de dónde venimos y á dónde vamos?

Guiémonos primero por la Ciencia Analítica de la que son ramas la Física, la Química, la Astronomía y todas las demás del humano saber. Ciencias *diferenciales*, ellas nos conducirán suavemente hacia la Ciencia Integral y Sintética, conocida por unos cuantos privilegiados desde el primer día de los pueblos, pero que en nuestra dolorida edad, la edad de la duda, va siendo conocida por muchos, que por algo dijo nuestro Castelar — y descártese lo que en labios de aquel vidente pudiera parecer impiedad á espíritus ignorantes:—«Así como la Biblia fué completada por el Evangelio, el Evangelio á su vez será completado por nuevas revelaciones, y después de la idea del Padre y del Verbo, vendrá la del Espíritu á extinguir las llamas del infierno y á derramar sobre la humanidad regenerada y libre, nuevas y consoladoras esperanzas.»

La constitución de la Tierra bajo su aspecto mineralógico, es la química del Silicio, como es en su aspecto vegetal y animal la química del Carbono. A través de los diversos colores parduscos, vinosos y rojo amarillentos, de vago tinte con que hacen su aparición las concreciones terrosas, los silicatos más elevados, puros y complejos, tales como los ágatas y rubíes, los topacios, ópalos y sardónicos, los jacintos, esmeraldas y granates, despliegan la espléndida serie de iris que llega á su cumbre en el boro y el carbono, químicamente puros, que son blancos, alcanzando este último á la apoteosis, tanto en su sistema cristalino cuanto en dureza, transparencia y poder fosforescente bajo los rayos químicos de la luz solar. Otra serie correlativa inician por su parte los metales, desde el rojo del cobre y el amarillo del oro, á los blancos azulados de casi todos los demás y á las excepcionales cualidades del rádium, sol en miniatura, que emite cuantas clases de efluvios emanan del astro-rey en luz, calor, electricidad y magnetismo, en estrecho cuanto paradógico parentesco con las irradiaciones que emanan de la gota de lluvia. Otra serie también correlativa es la de los colores geológicos que pasan de los negros de muchos productos basálticos á los parduscos y verdosos de las pizarras cristalinas, en las que predominan la mica y el anfíbol, á los obscuros de las calizas pri-

meras, á las infinitas irisaciones de las margas, á los diferentes blanco-amarillentos de los terrenos terciarios y cuaternarios y al azul de nuestros mares y atmósfera.

De igual manera los cuerpos orgánicos de la serie acíclica son, en general, incoloros ó de muy vago color (alcoholes típicos y poliatómicos); pero no bien se cierran con la serie cíclica las cadenas atómicas apareciendo el típico exágono de la bencina (símbolo misterioso de toda la formación de la materia desde sus más elevados planos), cuando ya se inicia la gama del color con los innumerables derivados del antraceno, hasta llegar al blanco de los alcaloides, después de pasar por todos los componentes tintóreos de las corolas de las flores y otros muchos más por éstas no alcanzados, que tal es el simbolismo de la negra hulla, la tesorera de los viejos rayos del Sol desde los remotos siglos del período carbonífero, la que alberga en sí las dos series iriseas de monocotiledóneas y dicotiledóneas, con su guirnalda incomparable de amapolas, dalias, camelias, tulipanes, hortensias, crisantemos multicolores, lirios, violetas, peonías, azucenas, etc., sin olvidar á la reina de las flores simbólicas, á la fragante rosa, hija excepcional del *blanco* con el *rojo*, notas todas de la magna sinfonía musical escrita sobre el verde pentagrama que al reino de los vegetales corresponde como color característico en aquella otra gama de la geológica evolución, y no nos detengamos, para obviar repeticiones, ni en las deliciosas arborizaciones de los corales, raíces de futuros continentes; ni en los dermatoesqueletos de insectos, moluscos y quelonios; ni en los cambiantes de las escamas de peces y reptiles; ni en las admirables alas de los transfigurados lepidópteros; ni en los metálicos plumajes de las aves, las reinas de la música inconsciente de la naturaleza; ni en las variadísimas pieles de los animales, muchas de las cuales llevan en sí representadas las filtraciones de los rayos del Sol por entre el follaje tropical de sus guaridas, ni, en fin, nos paremos tampoco á realizar consideraciones transcendentes sobre el cuerpo humano, en la expresión de sus labios, mejillas y pupilas bañadas en matices suavísimos, ni en el rojo de su sangre, el amarillento de su linfa, el blanco, apenas azulado de sus nervios, y el *blanco-negro* de su substancia gris, simbólico instrumento de esa eterna duda que perpetuamente nos agita entre la luz y las tinieblas.

El profundo Franz Hartmann, el émulo de Schopenhauer, se eleva con el estudio del color á consideraciones transcendentales que no podemos menos de transcribir. En su «Magia blanca y negra ó Ciencia de la vida», hablando de las formas en el Universo y de sus esferas de

acción, dice: «Estas esferas son las auras y emanaciones magnéticas, colorantes, ódicas (auras de salud) y luminosas que corresponden á todo objeto en el espacio. Tales emanaciones se ven, á veces, como la *Aurora Boreal* en las regiones polares de nuestro planeta, ó como en la fotoesfera del sol durante un eclipse. La aureola que rodea la cabeza de un santo no es meramente una ficción poética, como tampoco puede serlo la esfera de luz que irradia de una piedra preciosa. Así como todo sol tiene su sistema de planetas que giran alrededor de él, asi todo cuerpo está circundado de centros de energia más pequeños que salen del centro común y participan de los atributos del mismo centro. El cobre, el carbono, el arsénico, por ejemplo, emiten auras encarnadas; el plomo y el azufre emiten colores azules; el oro, la plata y el antimonio colores verdes, y el hierro emite todos los colores del iris. Las plantas, los animales y los hombres emiten colores que se asemejan á sus caracteres; las personas de un carácter elevado y espiritual, tienen hermosas auras de blanco y azul, oro y verde, en varios tintes, mientras que los caracteres bajos emiten principalmente auras rojas obscuras, las cuales, en las personas brutales, ordinarias ó viles, se obscurecen hasta ser casi negras, y las auras colectivas de agrupaciones de hombres, de plantas ó de animales, de ciudades y paises corresponden á sus caracteres más sobresalientes; asi es que una persona que tenga el sentido de la percepción bastante desenvuelto, puede ver la condición del desarrollo intelectual y moral de un lugar ó pais al observar la esfera de sus emanaciones.

Estas esferas se extienden desde el centro, y su periferia crece en proporción á la intensidad de la energia que obra en el centro. ¿Quién puede medir la extensión de la esfera del pensamiento y la profundidad de las regiones adonde puede penetrar? ¿Quién puede determinar la distancia que puede alcanzar y operar la potencia de la Voluntad, del Amor y de la Percepción espiritual? Reconocemos la esfera de una rosa por el olor que despide, si tenemos el sentido olfatorio; reconocemos el carácter mental de un individuo si entramos en la esfera de sus pensamientos, con la condición de que nuestros sentidos internos sean bastante desarrollados para percibir su estado mental.

La calidad de las emanaciones psiquicas depende del estado de actividad del centro que las origina, porque toda cosa y todo sér está coloreado por aquel principio particular que existe en el centro invisible y recibe de este centro la forma de su propio carácter ó de sus atributos. Son simbolos de los estados del alma de cada forma é indican el estado de las emociones. Toda emoción corresponde á determi-

nado color; el amor corresponde al azul, el deseo al encarnado, la benevolencia al verde, y estos colores pueden despertar emociones correspondientes en otras almas, especialmente si el elemento emocional se guía por la razón. El azul presenta un efecto calmante y puede tranquilizar á un demente ó subyugar una fiebre; el colorado excita la pasión: un toro se enfurece al ver un paño colorado y el populacho irracional también se enfurece al ver la sangre. Esta química del alma no es más maravillosa que los hechos reconocidos en la química física, pues estos procesos tienen lugar de acuerdo con la misma ley que origina al blanco clórico de plata volverse negro cuando está expuesto á una luz azul ó blanca, mientras que una luz de color rubí ó amarillo no cambia de color.»

Sabéis por la Física en qué consiste el color. Es la impresión de nuestra retina por las vibraciones del éter comprendidas entre cuatrocientos y setecientos billones por segundo, en números redondos. Cuando el rayo de luz blanca atraviesa la materia del prisma, del espectro luminoso, hacia el rojo y mucho más allá del rojo, se desarrolla otro espectro calorífico y electro magnético, y del mismo espectro luminoso, hacia el violeta y más allá del violeta, se desarrolla otro tercer espectro que pudiéramos llamar químico por las reacciones que determina.

Cuando el ojo humano mira, es decir, cuando miran por él las sales protoplásmicas de sus células, el espectro luminoso tiene una determinada zona ó amplitud vibratoria, la expresada, como tiene otra determinada extensión ó ángulo dispersivo, según la materia del prisma. Cuando el ojo fotográfico, ó sea la sal de plata de la placa, mira á su vez, aquella zona aumenta: la vibración infra-roja y la ultra-violeta la afectan; ve más en una palabra.

Imagináos que esta progresión siguiese con otros cuerpos; otros y otros seres conseguirían así ver materialmente el calor, la electricidad de un lado, y los rayos X, de mayor velocidad vibratoria, por otro.

Esto, en su aspecto aparente ó formal, vale tanto como la unidad de las fuerzas de la Física; en su aspecto profundo, sintético ó *esotérico* vale mucho más: es el color representado por el número—dadme el color y os daré el número vibratorio ó viceversa—, pues el número es algo superior, más abstracto, más divino: la percepción por la mente humana de los diversos grados en la escala de la pluralidad, como nos enseña el genial Benot. En su aspecto *secreto* es todavía más... pero quédese por el momento aquí.

Bástenos ahora considerar con el químico Duget las relaciones de la geometría y el color, pues conocidas son las de la geometría ó estudio de la cantidad en el espacio, con el concepto abstracto de número ó cantidad pura, sin ninguna de las cualidades de la materia.

Entre la extensión de onda de cada color y las formas geométricas media relación estrechísima. «El examen microscópico de fotografías sacadas en determinadas condiciones, permite establecer una relación exacta entre la extensión de la onda y la forma molecular del cuerpo que la emite ó refleja. Correspondiendo cada amplitud de onda á un valor, ó sea á un color, engendra una forma molecular geométricamente distinta, y pues que las formas moleculares geométricas del azul, del amarillo y del rojo son siempre semejantes á sí mismas, fácil resultará reconocer la forma geométrica que corresponde á cada color espectral.»

Extensión de onda vale tanto como forma especial de vibración de un conjunto atómico, y tal vibración es registrada, es vista por el ojo fotográfico y probablemente también por las células de los bastoncillos en el ojo humano, como forma geométrica. La vista retiniana ó al menos la fotográfica al ver los siete colores, recibe realmente, por una especie de tacto sublimado, la impresión sucesiva de los siete sólidos pitagóricos (cinco si se suprimen el primero y el último), punto, tetraedro, cubo ó exaedro, octaedro, dodecaedro, icosaedro y esfera, como manifiesta el siguiente cuadro:

Gama numérica..........	I	2	3	4	5	6	7
Gama musical...........	re	mi	fa	sol	la	si	do
Gama luminosa..........	rojo	naranjado	amarillo	verde	azul	violeta	blanco
Gama geométrica.........	punto	tetraedro	exaedro (cubo)	octaedro	dodecaedro	icosaedro	esfera
Su número de vértices......	cero	cuatro	ocho	seis	doce	veinte	infinito
Forma de sus caras........	ninguna	triángulo	cuadrado	triángulo	pentágono	triángulo	forma límite
Número de aristas por vértice.	cero	tres	tres	cuatro	tres	cinco	infinito
	a		b		c		d

(1)

(1) Existen en este cuadro deficiencias imposibles de salvar sin acudir al desarrollo por diez, pero lo omitimos para no dar mayor obscuridad á las explicaciones. No lo olvide, sin embargo, el lector.

Tampoco podemos detenernos en la derivación de las formas regulares unas de otras por truncaduras, biseles y apuntamientos, las cuales, v. gr. hacen derivar del tetraedro al cubo, octaedro, dodecaedro, romboidal é icosaedro.

Mientras más se medite sobre el adjunto cuadro, más y más se ve conducida la mente hacia misteriosísimas analogías, misterio relativo que para ciertos seres empieza ya á desvanecerse. Nótese, entre otras cosas, el cruzamiento ó inversión recíproca de los sólidos intermedios que puede ser gráficamente expresado, diciendo en lugar de las caras y vértices de cada uno: *cero-cero*, *tres-tres*, *tres-cuatro ó cuatro-tres*, *tres-cinco ó cinco-tres*, *infinito-infinito*. Llevando las cosas á un concepto dinámico, y suponemos á cada uno de dichos sólidos como un centro de fuerza, ésta podrá escapar ó irradiar al exterior por los infinitos vértices de la esfera, por los veinte del icosaedro, por los doce del dodecaedro, por los ocho del cubo, por los seis del octaedro, por los cuatro del tetraedro y por uno solo en el punto. Tales son las consideraciones que, más al por menor, conducen á profundas teorías acerca de la dinamicidad química y las derivaciones cíclicas, y por otro á lo que A. Soria Mata ha estudiado para sus «Orígenes poliédricos de las especies» y también conducen hacia los recientes estudios de Schrön sobre el crecimiento celular de los cristales minerales. Ningún teorema de geometría, ni el mismo relativo al triángulo rectángulo, resulta más hermoso que aquél que demuestra analíticamente que el número de caras mas el de vértices de todo poliedro regular, es igual al número de aristas *más dos*, y aquel otro que enseña cómo no son posibles más sólidos regulares que los arriba descritos.

¡Cuánto y cuánto no ha iluminado á los sabios esta ley cíclica!

Preguntádselo á Crookes, el descubridor del Talio, el estado radiante y la medida de la fuerza psíquica; ó á Rusell-Vallace y á Darwin, cuando escucharon la palabra mágica que encierra toda la evolución de los séres, desde el átomo hasta el »ngel; ó á Newton con sus leyes de la gravitación universal y á Leibnitz con sus ideas innatas, aportadas como tesoro fiel de existencias anteriores; ó á Zölner al tener que echar mano para explicarse ciertos fenómenos de eso que impropiamente se llama la cuarta dimensión en el espacio. Preguntádselo asimismo á Kepler, cuando subvertió el recíproco papel del sol y el planeta, del cielo y la tierra con sus leyes inmortales, ó á Pitágoras ó al Profeta Rey—perdonad la mezcla de nombres ilustres de tan diversos tiempos—cuando aseveraban, y es divina verdad, que los cielos cantaban las glorias del Alfa y la Omega de los mundos, del que es y era y ha de venir, según el lenguaje del *Aguila*, á quien en el plano de *âtmos* llegó la palabra de Dios en el día de domingo. Preguntadlo á la doliente péñola de nuestro Rey-Sabio el de las *Siete* Partidas. Preguntadlo, en fin, al químico Mendelejeff, quien con sólo escribir en líneas

horizontales septenarias los diversos cuerpos simples de la química por el orden de sus pesos atómicos, halló ordenados por columnas verticales estos mismos cuerpos, según las leyes de sus propiedades similares, hasta el punto de constituir todas las clásicas familias y de que los espacios que resultaran vacíos en la escala clamaron por sus ignotos cuerpos respectivos, cuyas propiedades correspondientes resultaban de antemano conocidas, á la manera que en Astronomía antes fué conocido por el cálculo que por el anteojo el planeta Neptuno.

Tras la verdad externa está la interna, como la semilla tras la pérula, como tras las formas la esencia y tras el hombre Dios. Por eso todas las escrituras sagradas de Oriente, incluso la de la raza blanca, son un vivo himno entonado en loor del gran misterio del Uno-Tres, del siete y del diez. Ellos vivifican á un tiempo á la naturaleza, á la ciencia y á la filosofía, porque en su abstracción sublime son algo consubstancial con el Creador, constituyendo la Aritmética Sagrada que alzó las pirámides de Egipto y trazó la esfinge, la cruz, el pentágrama y el sello salomónico y entretejió los *quipos* peruanos, crónicas completas de las razas aztecas del Nuevo-Viejo Mundo y escribió los Vedas é inspiró á los Bramines y rimó el Ramayana en loor del Cordero-Misterioso, é hizo, en fin, que Dios tomara carne en el seno de una Virgen Inmaculada.

—¿Dónde, sino la inspiración del artista, verdadero vate iluminado por la divina luz?—Un color no es un color, un mundo no es un mundo, ni una nota es una nota, más que para el profano indocto. Una son las leyes de la razón; otras más augustas las leyes de la Intuición. El que razona crece, como antes se creía que creciera la piedra, por yustaposición: el que desarrolla la facultad intuitiva crece por intususcepción. El instrumento material de la una son los sentidos, el de la otra por un lado la razón y por otro la fantasía creadora, esa facultad que basta según el alemán Frohschammer para explicar á un tiempo la razón, la naturaleza y la historia.

Notemos de paso, aunque se crea que nos apartamos con ello del estudio del color, un fenómeno que parece baladí, siendo altamente transcendente. El Yo, la Conciencia —tolerad estas letras mayúsculas— parecen recorrer en su evolución planos sucesivos en los que á sí propio no se ve, ni tampoco lo que en cada etapa le rodea, hasta que pasa al plano superior inmediato. El animal vive sólo en la conciencia de los hechos concretos y sus sentidos, en cuyo plano se halla, rara vez le engañan en sus instintos. El hombre vulgar comienza ya desarrollando un principio de abstracción rudimentaria y al querer volar á regiones

más augustas aquellos mismos sentidos que al animal bastaban y no engañaban, diriase que le presentan sí, las verdades, pero invertidas á los ojos de su razón: ve salir y ocultarse al Sol, á la Luna y á las estrellas y juzga que todos ellos giran en torno de la Tierra, cosa que sigue creyendo luengos siglos, hasta que el cultivo de su razón le enseña la verdad contraria, después de reirse de Anaxágoras y Galileo: al juzgar sobre sus dimensiones hace á la Luna mayor que el Sol, á éste mayor que Sirio y á Sirio mayor que cualquier visible nebulosa, hasta que la razón le invierte sencillamente el concepto, y le lleva á una más perfecta verdad, porque toda verdad es transitoria y relativa, menos las llamadas Verdades Eternas, ya que, como dice Balmes, la verdad radica en una conformidad, una igualdad, un paralelo entre la realidad y nuestro ser. Ven asimismo los sentidos á los centros nerviosos encerrados en lo más profundo del edificio óseo, hasta que la biología le enseña que este sistema es el más exterior, como formado juntamente con la piel en la capa más externa de las tres que se originan en los primeros días por la evolución del feto. Ven los sentidos la materia y la razón nos enseña la fuerza, que es lo que no se ve precisamente. Para aquéllos la Tierra es plana, grande en medio del vacío, y para ésta miserable corpúsculo de lo infinito. ¿A qué seguir si es axiomático el antagonismo; pues en él precisamente se apoya la ciencia contra la rutina, la ciencia que no toma ya á los sentidos como facultades, cual los animales, y sí como preciosos instrumentos? Regla de proporción filosófica: los sentidos son á la razón como el animal es al hombre de nuestros días.

Pero esa divina evolución con que la finitud aspira noblemente á lo infinito en eternos crecimientos ¿habrá de detenerse aquí? No es creible y seria inoportuno extenderse en considerarla: el Dios de todos los amores se complace, como Padre misericordiosisimo, en nuestros infantiles crecimientos, desde la invención del fuego ó de la rueda hasta el buque á vapor ó el telégrafo sin hilos. A una nueva evolución—permitasenos el aparente atrevimiento—la razón no perderá su fuerza ni sus tesoros admirables, pero sí perderá su jerarquia al ceder su puesto excelso á otra facultad más potente: la Intuición. Seres superiores admiten todas las religiones—los ángeles—que no conocen por raciocinios concretos, sino por conceptos abstractos de bien, verdad ó belleza, y han sido ellas tan amorosamente solícitas con el hombre, que hasta le consideran protegido doquiera por aquellos seres excepcionales que extienden también sus tutelares alas sobre las familias, las razas y los pueblos.

A dónde nos haya de llevar esa dichosa evolución ya puede alcanzarlo la elevada mente de muchos entre nuestros lectores, á poco que mediten con esa difícil ciencia á que Salomón llamara Sabiduría y que aquí llamaremos Ciencia del Sentimiento. Sócrates al beber la cicuta; Gutenberg al huir de la ciudad alemana; Galileo y Colón ante los rigores de la ciencia oficial por sus intuitivas lucubraciones; Fulton y mil y mil más, tenidos gracias á ellas por locos, demuestran en filosofía de la historia la inevitable pugna que surge ante cualquier destello intuitivo, en que el sér privilegiado que le emite hacia los demás sufre el choque de retroceso ó reacción de la atrasada razón colectiva, hasta que el progreso lleva á la razón hacia aquellas verdades, como la razón antes llevara hacia otras análogas á los sentidos descarriados, con cuyos progresos el horizonte humano se ensancha por modo considerable. Hasta que no alboró la razón en la historia no alboró la ciencia tremolando sobre la impotencia de los sentidos para explicar sus verdades augustas: hasta que el día de la Intuición no llegue, el Sentimiento, que es algo más que la ciencia toda, no saldrá de esa semi-inconsciencia ilógica y poco justificable á que en un plano inferior al suyo la tienen condenada las insuficiencias de nuestra flaca razón, como facultad insustituíble para el conocimiento de *las formas* é inservible para las apreciaciones de *las esencias*, y no digamos si se presentarán ó no inversiones de concepto paralelas á las que revolucionaron el universo de la materia en la época del Renacimiento. . . Entonces, excelente D. Publio Hurtado, habría lugar á revisar con esmero la mayor parte de las supersticiones populares coleccionadas en su preciosa obrita. El pueblo se engaña rara vez; y pasa con las extravagancias de aquellas tan entretenidas leyendas, lo que con las letras muertas de los idiomas europeos, que sirven de guía al lingüista para sorprender los primeros balbuceos de la Humanidad.

¡Color! Colores busca el artista para su paleta: la riqueza de fantasía descriptiva se llama viveza de colorido; por el color nos es dable conocer las emociones; el color es siempre un símbolo y hay un lenguaje de los colores como hay otro para la música. Color es fuerza, es vibración; color es materia, es geometría, y geometría es número, abstracción que eleva hacia Dios. El color brilla con su definitiva pureza del blanco en la *palia* pontificia, símbolo de toda la raza ariana; él es morado cuando quiere dar la nota de dolor que acompaña siempre á los sublimes—blancos—despertares de todas las evoluciones; él es rojo obscuro en la pasión impura, y rojo fuego en los ardientes sentimientos que nos elevan... Él tiñe la atmósfera de simbólico azul, y con azul

y blanco viste á la Reina de los Cielos, la coronada por Sol esplendoroso de rayos inextinguibles; él es verde en la esperanza y negro en la desesperación; él salpica el abismo de soles múltiples que llevan escritos en el tinte de sus rayos su composición química, y lo que es más aún, toda la historia de su existencia; pues al revés de como parece creerse hoy, la evolución los ha conducido siguiendo toda la gama del rojo al amarillo, y de amarillo, por el azulado, al blanco resplandeciente del tipo Sirio, astro que las tradiciones orientales dicen fuera rojo, como hoy Antarés, en edades remotísimas, cuando presidiera, desde aquel su lejano polo, la evolución de la tercera Raza-Raíz, la raza roja de los atlantes sepultada hoy en las profundidades del mar.

M. Roso de Luna.

(De la *Revista de Extremadura*.)



EL ÁRBOL DE LA MONTAÑA

Los ojos de Zarathustra habían visto que un joven rehuía su presencia. Y una tarde, atravesando él solo las montañas que rodean á la ciudad llamada «la Vaca pintoja», encontró á ese joven sentado junto á un árbol y dirigiendo al valle una mirada fatigada. Zarathustra puso su mano sobre el árbol en que el joven se apoyaba y dijo:

«Si yo quisiera sacudir este árbol con mis manos no podría.

Pero el viento, que no vemos, le atormenta y le dobla como quiere. A nosotros nos doblan y atormentan duramente manos invisibles.»

Entonces el joven se levantó asustado, y dijo: «Oigo á Zarathustra y cabalmente estaba pensando en él». Zarathustra preguntó:

«¿Por qué te asustas? Lo mismo le sucede al hombre que al árbol.

Cuanto más quiere subir á las alturas y á la luz, más vigorosamente tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo obscuro y profundo, hacia el mal.»

«Sí, ¡hacia el mal!—exclamó el joven.—¿Cómo es posible que hayas descubierto mi alma?»

Zarathustra sonrió y dijo: «Hay almas que no se descubrirán nunca como no se empiece por inventarlas.»

«Sí; ¡hacia el mal!—exclamó de nuevo el joven.

Tú decías la verdad, Zarathustra. No tengo ya confianza en mí mismo desde que quiero subir á las alturas, y nadie tiene ya confianza en mí. ¿A qué se debe esto?

Yo me transformo demasiado de prisa: mi hoy contradice á mi ayer. Con frecuencia salto escalones cuando subo, cosa que no me perdonan los escalones.

Cuando estoy arriba siempre me encuentro sólo. Nadie me habla; el frío de la soledad me hace tiritar. ¿Qué es lo que quiero, pues, en las alturas?

Mi desprecio y mi deseo crecen á la par; cuanto más me elevo, más desprecio al que se eleva. ¿Qué quiere él, pues, en las alturas? ¡Cuánto me avergüenzo de mi subida y de mis tropezones! ¡Cuánto me río de tanto jadear! ¡Cuánto odio al que vuela! ¡Qué cansado me siento en las alturas!»

El joven calló. Zarathustra miró atentamente el árbol junto al cual se encontraban, y habló así:

«Este árbol está solo en la montaña. Crece muy por cima de los hombres y de los animales.

Y, si quisiese hablar, no habría nadie que pudiese comprenderle: tanto ha crecido.

Ahora espera y espera siempre. ¿Qué espera, pues? Habita demasiado cerca del asiento de las nubes: ¿espera quizá el primer rayo?»

Al acabar de decir esto Zarathustra, el joven exclamó con ademanes vehementes: «Sí, Zarathustra, dices bien. Yo he deseado mi caída, al querer llegar á las alturas y tú eres el rayo que esperaba. Mira, ¿qué soy yo desde que tú nos has aparecido?

¡La *envidia* me ha aniquilado!» Así habló el joven y lloró amargamente. Zarathustra le ciñó la cintura con el brazo y le llevó consigo.

Y cuando hubieron andado juntos durante algún tiempo, Zarathustra empezó á hablar así: «Tengo desgarrado el corazón. Mejor que tus palabras, tus ojos me dicen todo el peligro que corres.

Tú no eres libre aún; tú *buscas* aún la libertad. Tus pesquisas te han desvelado y desvanecido en demasía.

Quieres escalar la altura libre: tu alma tiene sed de estre-

llas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad.

Tus perros salvajes quieren ser libres; ladran de alegría en su cueva, cuando tu espíritu tiende á abrir todas las prisiones.

Para mí, tú eres todavía un preso que sueña en la libertad. ¡Ay! El alma de tales presos se torna prudente, pero también astuta y mala.

El que ha libertado su espíritu necesita aún purificarse. Quedan en él muchos rastros de cárcel y de cieno; todavía hace falta que su ojo se purifique.

Sí; conozco tu peligro. Pero ¡por mi amor y mi esperanza te exhorto á no arrojar lejos de ti tu amor y tu esperanza!

Tú te reconoces aún noble y también te reconocen noble los demás, los que están á mal contigo y te miran con malos ojos. Sabe que todos tropiezan con algún noble en su camino.

También los buenos tropiezan con algún noble en su camino; y así le llamen bueno, no es más que para apartarle á un lado.

El noble quiere crear alguna cosa nueva y una nueva virtud. El bueno desea lo viejo y que lo viejo se conserve.

Pero el peligro del noble no es que se haga bueno, sino insolente, burlón y destructor.

¡Ay! Yo he conocido nobles que perdieron su más alta esperanza. Y ahora han calumniado todas las altas esperanzas.

Ahora han vivido abiertamente con menguadas aspiraciones, y apenas se han trazado un fin de un día para otro.

«El espíritu es también voluptuosidad»—decían.— Y entonces su espíritu se quebró las alas; ahora se arrastra de acá para allá manchando todo lo que roe.

En otro tiempo pensaban hacerse héroes; ahora son holgones. El héroe es para ellos aflicción y espanto.»

Pero por mi amor y mi esperanza te lo digo: ¡no arrojes lejos de ti al héroe que hay en tu alma! ¡Santifica tu más alta esperanza!»

Así hablaba Zarathustra.

F. Nietzsche.

(Así hablaba Zarathustra.—*Los discursos*).



Nuevos experimentos respecto del cuerpo astral y de la relación magnética.

La hipótesis del «cuerpo astral», es de todas aquellas que han sido propuestas para explicar los fenómenos psíquicos, la más antigua, difundida y racional. Sin embargo, es combatida á la vez por los materialistas, que no admiten ni el alma, ni el «cuerpo astral» (que no han hallado bajo su escalpelo) y por los teólogos que, fundados en un concilio cualquiera, niegan la existencia de un intermediario entre el alma y el cuerpo. Se concibe, pues, todo el interés que presentan los experimentos que tienen por objeto probar la realidad de este intermediario. Me permitiré recordar al lector, en pocas palabras, los que ya he publicado, para que pueda comprender los que voy á relatar.

Si se magnetiza con frases ó se hace dormir, mediante corrientes eléctricas determinadas á ciertos sensitivos, se provoca en ellos la exteriorización del agente que parece ser el vehículo de la sensibilidad, de modo que el sentido del tacto puede ejercerse á distancias más ó menos grandes de la piel, según la energía de la acción y la sensibilidad de los sujetos.

En algunos sujetos, este agente que llamaré el od con Reichembach y Carl du Prel, es proyectado hacia el exterior generalmente sobre la superficie del cuerpo y parece sometido á los movimientos rítmicos del organismo (la respiración y los latidos del corazón que no tienen períodos de igual duración), de modo que presenta unos máximum y mínimum, que forman capas concéntricas, cuya sensibilidad disminuye con el alejamiento. A medida que la operación se prolonga, el od parece rarificarse por delante y por detrás del sujeto para condensarse sobre los costados y formar allí dos polos análogos á los de un imán. Esta condensación llega á ser bastante intensa para formar á la de-

recha é izquierda del sujeto dos fantasmas luminosos, que reproducen de un modo más ó menos claro, las mitades correspondientes de su cuerpo. Finalmente, los dos medio fantasmas que están más ó menos á un metro del cuerpo físico, se reúnen entre el magnetizador y el sujeto, para formar un fantasma completo, que pudiera ser el doble de los Egipcios... el cuerpo astral de los ocultistas.

He tenido ocasión de observar recientemente á una señora, en la que este proceso de formación era notablemente acortado. El od se exteriorizaba bien; pero en cuanto estaba fuera del cuerpo físico se remontaba á lo largo del cuerpo é iba á formar el *doble* por encima de la cabeza. Esta señora (que veía el od) comparaba su marcha á la del aire caliente que sube en un caño de estufa (1).

En todos los casos, el cuerpo astral que el sujeto puede mover haciendo un esfuerzo de voluntad, está ligado al cuerpo físico por un lazo fluídico que es sensible y parece volverse más ténue á medida que aumenta la distancia entre los dos cuerpos. Parece ser el magnetizador el que suministra el od necesario á la extensión del lazo fluídico; pues el sujeto pide siempre la continuación de los pases cuando su doble se aleja, y dice generalmente que la ruptura de este lazo le causaría su muerte inmediata.

En algunos sujetos, el cuerpo astral se manifiesta como si fuese muy denso y no pudiera elevarse; permanece al nivel del suelo (2), lo que puede comprobarse explorando la sensibilidad del aire alrededor del cuerpo físico. En otros, al contrario, tiende siempre á elevarse; todos estos, sin excepción, manifiestan una verdadera beatitud cuando han alcanzado las regiones superiores, que no quieren abandonar después para volver á su mísero harapo».

Esta concordancia en las afirmaciones de los sujetos tiene

---

(1) Me inclino á creer que este modo de exteriorización es propio á los sujetos cuya mentalidad está muy desarrollada; lo había observado ya, pero sin darme cuenta del proceso, en otra señora sumamente inteligente.

(2) Según los casos, el sujeto ve su cuerpo físico sólo, ó su cuerpo astral sólo, ó los dos á la vez. Otro sujeto vidente afirmaba que veía como una llama brillante en el primer caso, en el cuerpo físico; en el segundo, en el cuerpo astral; en el tercero, en el lazo fluídico que los une. Esta llama pudiera ser el alma. (Véase para más detalles un artículo anterior en los *Annales des sciences psychiques*, con el título *Fantasmas de los vivos*).

por cierto gran valor, sobre todo cuando se ha podido comprobar que sus indicaciones sobre la posición de su cuerpo astral, están siempre confirmadas por las reacciones que se producen en su cuerpo físico, cuando se toca los sitios en el espacio, en donde dicen que se halla su doble; pero hasta ahora he hecho estas experiencias solamente alrededor de los sujetos, en aposentos donde podía suponerse siempre que ellos seguían mis movimientos, y que reaccionaban de un modo consciente ó no para apoyar sus afirmaciones.

Hace algunas semanas que circunstancias favorables me permitieron efectuar una experiencia más decisiva.

Había hecho llamar á la Sra. Lambert, el más antiguo y el mejor de mis sujetos, á mi casa de campo de Agnelas: deseaba verificar con ella los fenómenos que acababa de observar cerca de París con el medium romano Politi, respecto de la transmisión de las contracturas mediante corrientes de agua ó railes de ferrocarril.

Una noche, algunos amigos me rogaron que les enseñara cómo se efectuaba el desprendimiento del cuerpo astral. Después de poner á Mad. Lambert en el estado extático á que me he referido, la dejé según su deseo, y en tal estado seguí la conversación sin hacer caso de ella. Entonces se me ocurrió comprobar si el lazo fluídico que vinculaba su cuerpo físico al cuerpo astral, y que ella describía como flotando en el aire á mucha altura, atravesaba realmente los pisos superiores. Con un pretexto cualquiera dejé el salón del piso bajo en donde nos hallábamos. Subí con disimulo y sin ruído al primer piso; entré en la habitación que se hallaba encima del salón y puse la mano con cuidado en el punto que me pareció estar verticalmente sobre el sujeto.

Cuando volví hallé los espectadores muy conmovidos; en mi ausencia Mad. Lambert había saltado de repente sobre la silla, con un grito de dolor y juntando sus manos encima de la cabeza; su cuerpo todo estaba contraído, los movimientos del corazón y de la respiración se habían parado.

Sólo después de algunos minutos, mediante insuflaciones calientes sobre sus principales puntos hipnógenos, pude hacerla volver en sí. Se quejaba de dolores atroces en la cabeza que en vano traté de aliviar por sugestiones enérgicas. Hubo que llevar á la pobre señora á la cama, en donde quedó sin poder comer

ni dormir durante toda la noche y parte del día siguiente. Se había producido como una fractura cerebral por donde el OD se escapaba en gran abundancia; cualquier objeto cerca de su cabeza le era insufrible, y tenía las extremidades inferiores heladas. Sólo conseguí aliviar sus padecimientos haciendo varias veces al día, y durante mucho tiempo, pases longitudinales para despejar la cabeza y cargar las piernas (1).

Meditando sobre lo que había ocurrido, me pregunté cómo era que semejante accidente no se había producido en diez años, en los que he verificado centenares de veces la exteriorización del cuerpo astral sobre diversos sujetos, ya en su domicilio, ya en casas cuyos pisos superiores estaban ocupados por extraños.

Pero comparando el hecho con los experimentos que yo había realizado con Politi y Mad. Lambert sobre la transmisión de las contracturas (2), y recordando que cada vez que quise comprobar la acción de un extraño sobre el cuerpo astral ó el lazo fluídico, yo mismo, por precaución, había guiado la mano de ese extraño ó seguido con mucha atención sus movimientos, llegué á deducir que la *substancia astral de una persona viva podía ser impresionada solamente por agentes* en relación con esa persona. Además, verifiqué la hipótesis observando que el haz fluídico que manaba del vértice de Mad. Lambert y que era tan doloroso cuando yo lo tocaba, quedaba insensible para cualquiera otra persona, siempre que no hubiese entrado en relación conmigo por un contacto ó mirada. Es probable que si una persona extraña quedara expuesta durante algún tiempo á uno de estos haces fluídicos, llegaría de este modo á entrar en relación con el sujeto y á determinar en él las mismas sensaciones que el magnetizador. Dado el estado doloroso en que había colocado á Mad. Lambert, no quise probar el experimento. Los intereses

---

(1) Por este medio había curado en otra ocasión á Lina, en quien se había declarado una enfermedad parecida después de las sesiones de la Bordinière, con M. Jean Bernard.

(2) Estos experimentos, que han sido publicados solamente en revistas italianas y alemanas, han demostrado que valiéndose de un conductor conveniente podía provocar á centenares de metros, mediante un leve esfuerzo muscular contracturas en sujetos con los cuales me había puesto en relación permanente por magnetizaciones previas. El efecto era nulo cuando otro producía el esfuerzo, pero me bastaba tocar ó solamente mirar con fijeza esa persona para transmitirle mi poder.

de la ciencia no deben hacer olvidar los derechos de la humanidad.

* * *

La *relación magnética*, cuya existencia es dudosa, puesto que si ha sido constatada por todos los magnetizadores de todos los tiempos y países, la ciencia oficial se ha resistido siempre á admitirla á causa de sus propiedades en apariencia maravillosas, debe, pues, ser estudiada con método, hoy que se han comprobado fenómenos análogos en los coheradores de la telegrafía sin hilos y en la insensibilidad del organismo humano para corrientes eléctricas no comprendidas en ciertos límites.

A mi parecer, ella debe dar la clave de muchos otros fenómenos psíquicos y de muchas prácticas mágicas.

Así se puede, por su intermedio, comprender por qué la telepatía no se produce con todos, es decir, por qué hay tan pocos que perciben las conmociones psíquicas que irradian en todos sentidos alrededor del agente activo.

Tal vez sería para esto, para determinar la «relación», para lo que los brujos recogían con cuidado la sangre, los dientes, las uñas cortadas, etc. de las personas á quienes querían herir proyectando hacia ellas su propio cuerpo astral que sabían exteriorizar.

Es indudable que los hechos han sido amplificados y desfigurados; pero toda leyenda tiene un fondo de verdad, y desde hoy tenemos vislumbres que pueden guiarnos á través de esas regiones nebulosas acerca de las cuales, durante mucho tiempo aún, habremos de abstenernos de hacer afirmaciones demasiado precisas, toda vez que se trata de fenómenos muy delicados cuyo estudio es tan vago y tan inestable como las nubes del cielo.

A. DE ROCHAS.

(Revue Scientifique et Morale de Spiritisme).



LAS RUNAS Y EL CÁNTICO RÚNICO DE ODIN

PARECE ser que entre los Noruegos el arte de escribir tiene su origen en una época antiquísima, si hemos de atenernos á los numerosos é interesantes datos suministrados por las inscripciones halladas en monedas, armas, rocas y monumentos de piedra. A estos valiosos restos de otros tiempos debemos la mayor parte de los datos que poseemos sobre los curiosos caracteres rúnicos. La tradición señala como el introductor de esta curiosa escritura mística á Odin, el dios-héroe y guerrero, la figura más grande de la mitología septentrional, sobre la cual versa la sugestiva Runa, objeto de estas líneas.

Sabido es existen dos alfabetos rúnicos, uno antiquísimo y otro más reciente; el primero compuesto de un gran número de letras que se cree fueron siendo reducidas por las exigencias del uso desde veinticuatro que eran en su origen á diez y seis que son hoy.

El conocimiento de la escritura rúnica se supone fué introducido por Odin y sus sucesores, que se cree emigraron desde las tierras del Sur bordeando el mar Negro. Algunas de sus letras se asemejan por su forma al etrusco. Recuérdese cuán vulgar fué en Grecia y en Etruria esculpir letras y caracteres místicos sobre brazaletes, broches, pulseras, collares y cintos.

En los tiempos antiguos las runas eran miradas con temor y respeto y no eran empleadas para usos ordinarios, sino exclusivamente para asuntos místicos, para la magia y para los encantos. Esto se deduce de las stanzas del canto, en el cual Odin describe sus «poderes» y las luchas porque hubo de atravesar para adquirirlos; una especie de iniciación, en la que él, como Maestro que fué, nos inicia en antiguos misterios, exponiendo sus propias experiencias de este modo:

Yo sé que estuve sujeto (colgado)
del borrascoso árbol
nueve noches completas
atravesado (herido) *por una lanza,*
entregado á Odin... Yo, á mí mismo...
Sobre el árbol, del cual nadie sabe
de donde vienen las raíces.

(DU CHAILLU. *Viking Age*).

Este es el árbol viviente de la Divina Sabiduría, el árbol de Vida, de conocimiento del Bien y del Mal, el árbol terrestre de las leyendas norsas, que no se marchita ni muere hasta que no se ha librado la última batalla de la vida. Las raíces de este árbol están carcomidas por el Dragón Nidhogg — símbolo de la destructora acción del tiempo — pero las raíces interiores perduran eternamente indestruídas y fuertes y «*nadie sabe de donde vienen*». Se dice en nuestro canto que durante nueve noches — número místico de la mitología escandinava — Odin pasa á través de la terrible prueba simbolizada por su suspensión en el árbol. Y en *La Doctrina Secreta* (II, pág. 572, ed. ing.) se explica que «el candidato para la Iniciación era sujeto á la Tau ó cruz astronómica», la cual en un antiguo manuscrito era mencionada como «el duro lecho de aquellos que están atravesando la (espiritual) prueba, el «*acto de darse nacimiento á sí mismo*». El verso, pues, que dice: «*Entregado á Odin... Yo, á mí mismo*», hace referencia al Yo Superior é Inferior, que «como Vishvakarman, tiene que sacrificarse á sí mismo para redimir á todas las criaturas», para llegar á ser más consciente de su unidad con la Vida Una. «Es el suplicio de la existencia autoconsciente» (*Doctrina Secreta*, I, 289, ed. ing.). Después continúa:

Yo miraba hacia abajo... Yo me apoderé de las runas,
enseñándolas á llorar. Entonces yo descendí.

«Nueve cantos de poder» aprende durante su tribulación y su prueba, y además adquiere el privilegio de obtener un «sorbo de la preciosa ambrosía extraída de Odrerir». Y de nuevo encontramos en *La Doctrina Secreta:* «En la fraseología mística, esta preciosa ambrosía es el Soma, el sagrado brebaje empleado por los Brâhmanes y los Iniciados durante sus misterios y sacrificios religiosos. La propiedad real de esta bebida es conver-

tir «en un nuevo hombre» al Iniciado después de su renacimiento, la de permitirle comenzar á vivir en el cuerpo astral venciendo la naturaleza espiritual á la física (*D. S.*, II, 524, edición inglesa).

Esto es lo que experimenta Odin después de beber la sagrada ambrosía. Por medio de ella se torna apto «para remontarse á través de los tiempos en las más altas regiones etéreas», deviniendo virtualmente «uno de los Dioses» y conservando el recuerdo de todo cuanto viera y aprendiera.

Todo esto simboliza las experiencias de aquellos que desean adquirir el misterioso conocimiento de la vida interior y oculta. La sagrada bebida simboliza la asimilación de esa sabiduría secreta que únicamente puede ser adquirida por almas nobles y anhelantes, por ánimos tenaces é inflexibles que pueden hacer frente á las terribles pruebas de la Iniciación, que pueden atravesar el fuego del sufrimiento durante las nueve noches en el árbol del conocimiento del Bien y del Mal. Dícese que «el *dulce rocío,* el manjar de los Dioses, desciende durante las horas de la noche.»

Sufrida esta prueba, Odin continúa diciendo:

Así yo llego á ser fructuoso y sabio
yo crezco y me engrandezco; la palabra sigue á la palabra
conmigo; el acto sigue al acto en mí.

Una vez iniciado Odin, sus poderes se aumentan; habiendo alcanzado el conocimiento, ha alcanzado la palabra, y por los versos que siguen pudiera deducirse que él graba ó produce las runas para la instrucción de Asar:

Entonces Odin grabó. Antes del origen del hombre
se levantó allí. Allí volvió él.

Esto parece ser, en primer término, una alusión á su existencia como Dios ó gran poder, en los primeros tiempos de la creación del mundo, antes de que la humanidad apareciera, y en segundo lugar, á su encarnación posterior en forma humana como héroe y guerrero. Entonces llega á la posesión de numerosos poderes, facultades y encantaciones, según él dice:

Ayuda es denominado el primero...
Y él te ayudará á ti
contra la lucha y la tristeza...
contra toda especie de pesadumbre.

Esto necesita poca explicación, pues se entiende que se refiere al poder, por medio del cual el Gran Uno atiende al pecado y al sufrimiento del mundo; se trata de la ayuda, simpatía y compasión infinitas. Nada más cierto que los Angeles Guardianes, los Nirmânakâyas y otros, atravesaron esta prueba para alcanzar el inestimable privilegio de ser los «que tienen en su mano el pesado karma del mundo».

Las cuatro ó cinco stanzas tratan de distintos poderes mágicos ó de encantos, por medio de los cuales Odin rompe sus cadenas, detiene el vuelo de las flechas, salva á las gentes del fuego y apacigua el odio y las disensiones entre los hijos de los reyes. Y podría también «apaciguar el viento sobre las olas y calmar el mar.»

Altamente curiosa y llena de alusiones mágicas es la descripción de estos encantos—diez y ocho en número—mas el «secreto de su obra no es para dicho».

Las runas se empleaban especialmente para curar enfermedades á la manera de ensalmos; mas se decía que las misteriosas letras asustaban á los que no conocían la verdadera lectura y parece que era preciso un verdadero cuidado para emplear estas canciones «galdrar»; pues utilizadas por personas inspiradas en el mal, resultaban altamente peligrosas. Esto demuestra que entonces como ahora, el conocimiento de los secretos ocultos de la naturaleza no estaba al alcance de todos, no pertenecía sino á los que se habían hecho dignos de él por la enseñanza, por la disciplina, por las pruebas, mediante las cuales llegaban á ser dueños del verdadero sentido de estas «obscuras máximas», de estos símbolos alegóricos de la naturaleza oculta, que no podrían ser simplificados, ni interpretados sino por los poseedores de la clave de su sentido oculto. Exactamente igual, en Grecia y en Egipto y otros países, la antigua sabiduría y los misterios fueron siempre velados á la mirada ordinaria, al mundo exterior; pues en aquellos salvajes días de Viking, días crueles y sangrientos de acciones perversas, eran necesarias ciertas pruebas secretas, cierta preparación de vida, antes de que la sabi-

duría y los poderes pudieran ser alcanzados. No pocas veces éstas eran adquiridas merced á grandes sacrificios, como cuando se nos dice que «Odin estaba un día tan deseoso de alcanzar un sorbo de la Fuente de Mimir, la fuente de la sabiduría, que hubo de dejar en prenda suya su ojo, su único ojo». En *Asgard y los Dioses* se indica que este ojo que él deja en prenda para alcanzar el conocimiento, pudo haber sido «el sol que ilumina y penetra todas las cosas; siendo su otro ojo la luna, cuyo reflejo parte desde la obscuridad, y que, por último, se oculta hundiéndose en el Océano».

Las runas fueron también empleadas para muchos otros fines, pero las empleadas en las ceremonias mágicas fueron escritas sobre *gler*, nombre antiguo del ámbar.

Escandinavia está llena de estos recuerdos escritos. Cada año aparecen nuevos tesoros, á veces al demoler antiguas iglesias. Aún no hace mucho tiempo se verificó un interesantísimo «hallazgo» en Gotlandia, la isla del mar Báltico. Del suelo de la iglesia de Ardre fué extraída una enorme piedra llena de figuras esculpidas y de signos ilustrativos del famoso poema de los Eddas ó del Volundes-saga, esculpidos hace unos mil años. Sobre la parte superior se ve la verdaderamente curiosa concepción del octópodo Sleipnir ó caballo de Odin. Sobre el caballo se yergue un caballero. Además aparece una construcción con tres arqueadas portadas circulares, sobre las que se levantan espaciosas habitaciones, acerca de las cuales cierto funcionario del Museo de antigüedades ha aventurado la ingeniosa conjetura de que hacían referencia á nada menos que á la Valhalla ó espléndida morada de Odin. Ciertamente no era de esperar que nos apareciese la gloriosa Valhalla representada sobre piedras rúnicas suecas del siglo x; pero por otra parte no sería del todo imposible que pudiera resultar así en el caso presente. La piedra de que tratamos tiene en su parte inferior una figura de mujer con el cuerpo de pájaro—la Joven cisne Omnisapientísima—y además las figuras de un yunque, un martillo, unas tenazas, etc. Sobre esta gran piedra no existen caracteres rúnicos ni inscripciones, pero en muchos otros fragmentos más pequeños que fueron encontrados aparecieron muchas de éstas. Sobre otra encontramos el octópodo caballo, con las patas dispuestas de dos en dos (y no de cuatro en cuatro como en la supracitada piedra) y además un hombre con un hacha de guerra persiguiendo á

otro y teniendo entre sus pies á un enemigo vencido. Sobre el más pequeño fragmento está inscripto «I GARDHUM», ó sea «*i Gardarike*»—Rusia.

Este nuevo «hallazgo» será de sumo interés é importancia para la literatura histórica. Mediante él podemos decir ciertamente que «las piedras hablan», y esta nos habla de las sagas, de los cantos escandinavos de otros tiempos.

MAY HAIG.

(*Theosophical Review*, Marzo 15, 1901.—Traducción de Mrs. J. Perry Worden.)

EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(Continuación.)

DE las tentativas más recientes para consolidar la generación espontánea, parece ocioso, y no sé si ridículo, hablar en esta revista. El desengaño de Husley y de Haeckel sobre la presunta mónera *bathybius*, hecho significativo y único en la historia del saber contemporáneo, á todos nos enseñó á proceder con cuidado en la recepción de enseñanzas, que en la filosofía de la naturaleza dejan la menor cantidad posible de influencia espiritual. El filósofo, si ha de ser hilozoista, debe rechazar decididamente el monismo mecánico con todo lo que un falso empirismo ha edificado sobre él, como la antagonía, la plasmagonía, la perigénesis de las plastídulas, el «cozóon canadiense» y todas, como quiera que se llamen estas faltas mercancías. Así es que como semejantes contra principios son inadmisibles, inadmisible es también el materialismo de que emanan.

Hay además otros naturalistas que dicen: ¿Por qué no conceder á la generación espontánea en los tiempos primitivos un papel más importante que en nuestros días? Las condiciones especiales en que se encontró la tierra en aquella edad en que la naturaleza era más joven, más vigorosa, y por consiguiente, más capaz de producir formas orgánicas, pudieron originar estas formas y la vida de una manera enteramente mecánica. La aparición de los cuerpos animados en nuestro globo no sería entonces más que «una expresión de fuerzas terrestres en actividad, que en determinadas condiciones han debido necesariamente producir lo que han producido.» (1) Mas aunque con-

(1) Burmeister: *Schöpfungsgeschichte*, pág. 304.

cedamos la *posibilidad circunstancial,* ¿qué hemos de pensar de un argumento tan desesperado desde que reconozcamos la inmutabilidad y universalidad de las leyes naturales como indispensables postulados de la ciencia y de la vida? No hay duda que en épocas remotas han ocurrido fenómenos que no se repiten ya en el estado actual, al menos en la misma escala; pero, ¿brotarían en ellas séres irregulares é informes no sujetos á ley alguna natural? ¿Ha de poblarlas nuestra imaginación de organismos que no tuviesen desde su nacimiento las condiciones necesarias á su existencia? Y no es sólo en el tiempo y entonces cuando hubo mayor intensidad en las fuerzas físico-químicas, luz, calor y electricidad; también en el espacio, y hoy se puede observar esa diferencia, comparando el grado que tales agentes tienen en el ecuador con el que tienen en los polos; sin embargo, no vemos que el terreno ecuatorial sea propio para causar espontáneamente los cuerpos animados sin gérmenes precedentes; al contrario, la experiencia enseña que el refinamiento de la energía de las fuerzas físico-químicas, en vez de contribuir al desenvolvimiento de la vida, lo aceleran y malogran, y un *summun* muy elevado de su actividad basta para matar toda organización.

A pesar de todo esto, surge aún en nuestro camino otra objeción á la que conceden definitivo poder los *filósofos* «científicos» *del monismo.* La evolución de las cosas—dicen—sólo ha podido tener lugar mediante la lenta acción del tiempo. Un astro en estado de dispersión sólo podría encontrarse saliendo de nuestro sistema planetario; y de igual modo, para hallar la vida en estado de formación, sería preciso retroceder en lo lejano del tiempo. Por esta misma razón es tan imposible lograr la reproducción artificial del estado de la vida. que se elaboró en los terrenos primarios, como reproducir el estado de un planeta que hace millares de años desapareció. Si nuestros laboratorios no pueden realizar esas aparentes maravillas, es porque no son comparables al de la naturaleza, porque no disponen de los mismos medios, porque tendrían que hacer una experiencia que durase siglos, porque lo que es natural es siempre resultado de un progreso continuado durante períodos incalculables.

Para desvanecer esta dificultad bástanos considerar que el tiempo es, dinámicamente considerado, tan indiferente como el espacio. Según atrás advertí, el tiempo no es otra cosa que una relación y un orden entre las realidades. Así como ninguna posibilidad, considerada formalmente en sí misma, tiene virtud genésica, tampoco la tiene el tiempo, que es la realización de aquéllas. La indiferencia dinámica de este supuesto «factor indispensable» se opone á que le consideremos como realidad virtual, fuerza productora, principio de cambio ó movimiento, causa diferenciadora de lo cualitativo de los fenómenos. El tiempo es una cantidad que requiere ser llenada y diversificada en sus combinaciones por un agente más íntimo, con el que Preyer y sus secuaces tienen, para ser lógicos, que sustituir la acción divina. De esta suerte cae por su base la dificultad suscitada por los monistas.

Habiendo reconocido que no podemos ni debemos ir tan lejos como

Preyer en las consecuencias trascendentales del axioma de que los seres vivos nacen exclusivamente de seres vivos, sería un error grave tenerlas por definitivamente desauciadas por su sentido ontológico universal, sólo porque la empirie es insuficiente para *justificarlas*. Cuando se examina el problema de la vida en su aspecto objetivo, prescindiendo de las opiniones apasionadas, se siente uno forzado á confesar que su consecuencia inmediata es el hecho de la universalidad de la vida; y la imposibilidad de que lo orgánico se haya originado de lo inorgánico por el lado formal, agrega una confirmación mediata á la tesis indirectamente deducida de la doctrina de Preyer, esto es: que la ciencia, si no testifica hoy la *eternidad* de la vida, desde el punto de vista empírico, proclama muy alto la probabilidad de su *conservación*, por razones de analogía.

Mucho habría que empequeñecer la idea de la Divinidad para considerar el origen *supramecánico* de los cuerpos organizados como un *milagro* ó un *proceso sobrenatural*. No es eso lo que nos enseña nuestra religión, tan superior en este punto á todas las antiguas. Los paganos creían que Dios creaba por la acción de dioses intermedios. Los indios y los persas se lo figuraban retirado en el principio de las cosas, viviendo una vida inmanente, «respirando y no respirando», hasta que al fin exclamaba desde el fondo de su unidad: «¡Si yo fuera muchos!» Nuestra fe evita á la vez el politeismo de los unos y el panteismo de los otros. El Génesis presenta la creación sideral como obra inmediata y directa de Dios, pero en la creación orgánica parece agrandar la esfera de las causas segundas y reducir la acción formadora de Dios á un solo efecto de su voluntad. «Dijo Dios: *produzca la tierra* yerba verde... Y *produjo la tierra* yerba que da simiente según su naturaleza... Y dijo Dios: *produzcan las aguas* reptil de ánima viviente... Y dijo Dios también: *produzca la tierra* seres vivientes, según su género, etc., etc.» (1). Se ve la diferencia. De una parte acción divina derivada ó acción divina única: de otra, acción divina combinada con acción cósmica. De estas hipótesis, la última es la que mejor se armoniza con las necesidades de la ciencia y más apoyo puede prestar á la tésis de la conservación de la vida desde el punto de vista transcendental.

---

(1) La heterogenia bien entendida no es contraria á la religión cristiana. Humboldt, en su *Cosmos*, encuentra sobradamente notable que San Agustín, al tratar la cuestión: «Cómo han podido recibir las islas, después del diluvio, nuevas plantas y nuevos animales», no se muestre en manera alguna ajeno á recurrir á la idea de una generación espontánea *generatio aequivoca, spontanea aut primaria.*) Si los ángeles ó los cazadores de los continentes — dice San Agustín - no han transportado animales á las islas lejanas, es preciso admitir que la tierra los ha engendrado; pero entonces ¿á qué encerrar en el arca animales de toda especie?» «Dos siglos antes de San Agustín añade Flammarión encontramos ya establecida en el *Compendium* de Trogo-Pompeyo, entre la desecación primitiva de antiguo mundo, de la meseta asiática y la generación espontánea, una conexión semejante á lo que se encuentra en la teoría de Linneo sobre el Paraíso terrestre, y en las investigaciones del siglo XVIII sobre la fabulosa Atlántida.»

III.—Pproblema de la muerte.

Tengo que comenzar este último punto de las consecuencias del hilozoismo impugnándome á mí propio. Si la vida está en todas partes y posee tal vez realidad fuera de los individuos, ¿qué es la muerte? He aquí una interrogación de difícil respuesta y que envuelve una idea ante la que la ciencia desalmada duda, vacila y se extremece: es la idea de sobrevivir, acompañada y rodeada de la incertidumbre, de lo eterno. *¿Quo vadis?* ¿A dónde te diriges? ¿Qué ruta tomas? ¿Cuál es tu destino? He aquí lo que el espíritu se pregunta. No es mi ánimo dar la contestación, y sí sólo mirar la muerte por su lado experimental, como hecho ó como episodio de la vida del individuo. Ahora bien, la muerte en este terreno puede entenderse y considerarse de tres maneras diferentes: como medida indeterminada de la duración de la vida; como relación negativa del individuo con la especie; como confirmación transcendental á la vez que concreta del principio filosófico de la limitación de los seres. Presenta en cada uno de estos tres sentidos un aspecto distinto; pero acusa en todos ellos un sello particular, derivado de las manifestaciones de una ley inexorable, la ley de la conservación. No es esto afirmar que la ciencia haya dicho sobre el problema la última palabra, sin que nada quede de obscuro ó de incierto: lejos de eso, confieso sin dificultad que las investigaciones científicas ofrecen, por desgracia, muchas lagunas y deficiencias, y la misma etimología de la palabra perecer *(perire, ire per*, irse por, sin volver, sin saber á dónde), que es una hermosísima descripción y una hermosísima significación del hecho de la muerte, nada nos enseña sobre su razón primordial ni sobre su finalidad última, antes bien, las declara insolubles. Y no es que la muerte sea fenómeno accidental, ignaro, inobservable, encerrado tras el triple muro de la espiritualidad y lleno de excepciones en su consumación: propiedad es de la vida más rudimentaria, y propiedad tan sucesiva como la sucesión y tan universal como el universo. La ciencia, empero, no puede ni debe retroceder ante las obscuridades que la circundan, sino que lucha por aclarar su significación con congruencias y analogías. ¿Hemos de renunciar á resolver la cuestión que resuelve todas las cuestiones? Verdad es que la muerte, como el placer y el dolor, no es para la filosofía una idea, sino un hecho; pero como todos los que salen de la esfera del mundo fenomenal, del determinismo de las condiciones, ese hecho se relaciona con el principio primero de las cosas, y en él cabe admitir y examinar no sólo el por qué relativo, sino también el por qué absoluto, ó lo que Leibnitz llamaba el *por qué del por qué*, siendo de notar que no se eximen de esa investigación los dolores ni los placeres, como indican las palabras tan bellas como verdaderas de Spinosa: *Neque flere, neque ridere, sed intelligere.* No lloréis ni riáis del todo, procurad entenderlo.

Evitemos, pues, pensar en morir y aceptar estóicamente sus consecuencias, sin darnos cuenta de la causa de la muerte en general. «Todos mori-

mos»—decía ya la buena mujer de Tecue—; pero el filósofo desea saber más que la consignación del hecho, y trata de descubrir el derecho que á perecer tienen todos los séres. *¿Por qué morimos?*

La ciencia nos hace reconocer primeramente en la muerte una consecuencia necesaria de la vida. La multitud de seres vivos, tal como es, perece en las tres cuartas partes de los casos de una manera violenta. Todos los agentes externos que destrozan las piedras y disuelven los cuerpos materiales, ocasionan también la muerte de los cuerpos animados que, como aquéllos, forman parte del sistema universal; pero de los últimos se puede decir, como de uno de nuestros poetas, que «mueren de muerte», que llevan este germen en su vida (1). Como en el círculo de Vico las naciones, en la naturaleza los seres organizados recorren en un período relativamente fijo el ciclo de su existencia, no siendo su crecimiento sino el medio de llegar á su fin: la muerte. En el curso de la vida, la actividad individual lucha incesantemente por defenderse contra sí misma y contra la disolución externa que la combate, teniendo que sucumbir muy pronto de un modo enteramente espontáneo y sin llegar á rebasar los límites de una edad determinada. Consecuencia lógica de semejante hecho experimental es que la muerte es tan natural como la vida. Se puede decir que esta opinión tiene ya carta de naturaleza en la ciencia.

El más poderoso esfuerzo para consolidar la contraria en el terreno científico, es debido al filósofo y naturalista alemán Weismann, cuya teoría de la muerte se reduce á distinguir la vida de los seres simicelulares (protozoarios) de la de los séres multicelulares. En éstos se produce naturalmente la muerte, porque en ellos la acción de las células *germina ivas*, que representan la continuidad de la especie, está contrapesada por la de las *somáticas* de que se deriva el individuo. Los protozoarios, por el contrario, son virtualmente inmortales, á causa de su constitución tan simple y de su modo de multiplicación tan complejo por fisiparidad. Como cada uno de los seres en que se divide no es más que la continuación del sér primitivo, ¿no puede decirse verdaderamente que la continuidad del protoplasma es indefinida y se comprueba materialmente por un proceso visible y tangible?

Esta conclusión de Weismann es seductora y seduce, porque forma parte de una doctrina muy lógica en apariencia, aunque derive de falsas premisas. Pero su autor se ha encontrado con el escalpelo de Maupas, que después de varios años de investigación incesante, ha descubierto y demostrado hasta la saciedad, que los protoplasmas de carácter monocelular, lo que el gran biólogo Lankester llamó *las intensidades supremas de la vida orgánica*, tienen lí-

(1) En vano Dutrochet ha intentado negar esta verdad inconcusa, afirmando que la vida es una excepción temporal de las leyes generales de la materia, una suspensión momentánea y accidental de las fuerzas físico-químicas, y que con la muerte recobran estas fuerzas y estas leyes la plenitud de su dominio. Sus argumentos han sido victoriosamente refutados por Janet (*Le materialisme contemporain*, pág. 89), y por Quatrefages (*Métamorphose de l'homme et des animaux*, c. I.)

mites en su perpetuidad, pues al cabo de un gran número de generaciones se hace necesario un rejuvenecimiento, y si no se produce una conjunción entre dos células, viene fatalmente la degeneración.

La muerte es, pues, una triste necesidad, de cuyos efectos todos los séres se resienten. Atendiendo á esta idea es facil ver lo que tienen de injusto é indebido el optimismo de Hegel y el pesimismo de Schopenhauer, y lo que tienen de fundado y racional. En Schopenhauer como en Hegel, el egoísmo es la ley de la vida orgánica. Este egoísmo se destruye á sí mismo por la muerte, que es como su castigo y el reconocimiento en la acción de que lo general es la verdadera esencia de las cosas. El sér vivo quería vivir siempre, pero el pensamiento universal, ó mejor dicho, la voluntad universal, de la cual no es más que un momento, se emancipa de él, haciéndole perecer. La materia es, en efecto, impotente para realizar lo absoluto; diríase que es una especie de remordimiento que persigue á éste y le recuerda el espíritu libre en su esencia.

Retrocedamos ahora. Yo quería probar que la verdadera diferencia entre el organismo y el mecanismo está en la *naturalidad* de la muerte del primero. Muchos hay que, sin dejar de reconocer en la lenta extinción de las fuerzas vitales del cuerpo orgánico lo que realmente le caracteriza, se admiran en gran manera de la opinión de los que, fundados en ese hecho, quieren deducir que el organismo es una cosa eminentemente distinta del mecanismo, pues nada de extraño tiene que los órganos de los seres vivos, como los instrumentos llamados materiales, lleguen á hacerse inservibles para los fines de la vida cuando un continuo ejercicio los deteriora: ¿no vemos á una máquina gastarse por el uso? La mayor duración de una máquina con relación á su mecanismo equivale en un todo á la de un sér con sus órganos y su actividad autónoma. Por otra parte—pudiera añadirse—dentro del organismo hay partes y funciones claramente equivalentes á las mecánicas. Los órganos de la vida sensitiva é intelectual se cansan y necesitan guardar reposo; pero no sucede lo propio con los de la vida vegetativa, vida rudimentaria que aún posee caracteres distintivos de la vida mecánica. El corazón late mientras recibe sangre, como la máquina trabaja en tanto que se le da material, sin que ni el uno ni la otra se fatiguen. El cerebro, por el contrario, no puede sostener su actividad sino por cierto tiempo y se extingue y caduca si le faltan la variación y el descanso. El hecho de que esa actividad cerebral es cada vez mayor en la especie humana, explica por qué la longevidad se va haciendo tan rara y disminuye día por día Viviendo muy deprisa es imposible vivir mucho. De Dios se ha dicho que *patiens quia aeternus*, y de el hombre puede decirse algo semejante. La impaciencia de nuestra generación, ávida de saber y de obrar, no puede menos de traer una precipitación de la existencia que la hace correr hacia el término fatal de su evolución psíquica.

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦

Revistas recibidas.

TEOSÓFICAS

The Theosophist. (INDIA. *Adyar, Madras. Teosophical Society's Head-Quarters*).
The Theosophical Review (LONDRES. *The Theosophical publishing society.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. (LONDRES. *T. P. T.* 3, Langham Place. W)
The New Century (CALIFORNIA. San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. (CALIFORNIA San Francisco. Room A., Fellows' Building U. S. A.)
The New Zealand Theosophical Magazine. (N. ZELANDA. Strand Arcade. Queen Street. Auckland).

Theosophia. (AMSTERDAM. Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. (INDIA HOLANDESA. Semerang-Drukkerij en Boekhandel).

Revue theósophique française. (PARÍS. Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theósophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. (LEIPZIG. Inselstr. 25.)

Teosofia. (ROMA. Via di Pietra, 70.)

Dharma. (VENEZUELA. *Caracas.* Sur 5 núm. 84.)
Sophia. (CHILE. *Santiago.* Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi *and* **The United Buddhist World.** (INDIA. 2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. (INDIA. Indian Seccion Theosophical Society *Benares.*)
Prabuddha Bharata. (INDIA. *Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.*)
The Central hindu college. (INDIA. C. I. C. *Benarés.*)

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. (BRASIL. Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. Bahia.)
La Lumiere. (PARÍS. rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. (ITALIA. Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)

Constancia. (BUENOS-AIRES. Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. (BUENOS-AIRES. Victoria, 3325.)
Freya. (BUENOS-AIRES. calle 27, núm. 215.)

Lumen. (BARCELONA. Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. (TARRASA. Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. (PARÍS. Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. (PORTUGAL, COIMBRA. Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo (PORTUGAL. SERPA.)

Revista masónica. (BUENOS AIRES. Calle Cuyo, 1131.)

Helios. (MADRID. Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. (MADRID. Cristóbal Bordiú, 1.)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid